



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM. 10808

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 12 DE MARZO DE 1896

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loretté, rue Oudinot 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 81.

MAQUINAS Y HERRAMIENTAS

Para las minas, las fundiciones, obras públicas y para la agricultura. Arados de doble vertedera, Bombas de gran rendimiento, Máquinas para panaderos, Norias especiales. Especialidad en calderas y máquinas de vapor, cables de abacá y metálicos, vía férrea con sus wagonetas, plataformas y demás accesorios, correas, etcétera, etcétera.

Batallas y Cajas para caudales. Excelentes referencias sobre la bondad de nuestros artículos.

CAMILO PÉREZ LURBE
12. CASTELLINI 12.

Bocetos á la ligera.

Antes de anoche, cuarto día del novenario que á Jesús Nazareno consagra anualmente la Ilustre Cofradía de los Marrajos, ocupó la sagrada cátedra en la iglesia de Sto. Domingo, el ilustrado sacerdote D. Eduardo Martínez Balsalobre.

No hemos de mortificar ni en poco ni en mucho, la excesiva modestia del joven orador, prodigando en su obsequio frases laudatorias, porque estas huelgan, toda vez que el Sr. Balsalobre tiene justamente adquirida fama de sabio y elocuente orador sagrado.

No es tampoco nuestro propósito hacer en esta ocasión un juicio crítico de las notables oraciones que, con gran complacencia y religioso silencio, escuchó el numeroso auditorio que por las noches concurre á la antedicha iglesia y que por completo llenó sus naves. Confesamos palmariamente nuestra incapacidad y carencia de aptitudes para trabajos de esta índole.

Además, hacer reseñas de discursos de tan altos vuelos, fiados en nuestra escasa y deplorable lentitud, sería hasta una temeridad.

Lo que pasa entre pin una pieza de música y ver luego su papel, donde no se hallan sino rayas y puntos, pasa así mismo entre la

palabra oída y la palabra impresa.

«De una pintura á un dibujo, no hay tanta distancia como de una peroración y un libro. La peroración es un arte, el libro negra tinta; aquella es la vida, este letra muerta.»

Esto decía en un prólogo un sabio profundo, que mortificado no poco su amor propio, accedió á las suplicas de los que quisieron impir primera unas conferencias que tanto llamaron la atención en Madrid hace pocos años. Y pretenderé yo dar á conocer en letra de molde, siquiera sea en síntesis la magnífica oración que antes de anoche pronunció el Dr. Balsalobre? Pretender tal cosa, intentar lo siquiera, sería como querer penetrar en vistoso y bellissimo vergel, para hollar con leve planta, las fragantes flores que alfombran su suelo. Solo contando con la reconocida indulgencia del Sr. Balsalobre y abusando de la paciencia de los lectores de El Eco, me permitiré esbozar algunas de las ideas más salientes de estos discursos.

Al comenzar el primer sermón, creyóse el sacerdote católico en el deber de dar una satisfacción, por qué hasta el cuarto día del novenario, no había comenzado la misión que se le confiara; y con sus sinceras palabras, expresión genuina de la verdad, desvaneció los infundados cargos que envolvía un suelo que vio la luz pública en un periódico local. Después expuso la sugestión que para los amantes de la ciencia entraña el progreso, mágica palabra resultado del incessante y asiduo laboreo de la inteligencia y de la razón del hombre, que si en íntimo consorcio con la fe y en perfecta armonía con las enseñanzas de la iglesia, eleva el alma á las más altas y sublimes concepciones, divorciada de estas y en lucha con aquella, la arrastra en su orgullo hasta los errores

más groseros de una filosofía, que destruye en el hombre, consecuciende un sistema egoísta, toda idea consoladora.

Porque, aunque otra cosa digan en contrario los enemigos de nuestra sacrosanta religión, el catolicismo no ha pretendido nunca sustraerse á las exigencias de la ciencia y del progreso; todo lo contrario. Si la ciencia tiene por objetivo primordial el conocimiento de la verdad, el catolicismo aspira con noble y legítimo orgullo al conocimiento de la verdad, en su terreno, porque bien deslindado el campo de la ciencia, no es posible conflicto alguno;—por eso pregunta el orador sagrado á uno de esos amantes del progreso: ¿Y existe Dios? ¿Hay motivos de credibilidad para que el hombre pueda asentir á esta verdad? ¿La creencia en la existencia de un Dios repugna á la razón?

Esta es la síntesis del asunto que se propuso desarrollar y lo consiguó, haciendo un brillantísimo escaqueo por el campo de la filosofía; esto es, entró en el terreno de la ciencia, toda vez que la filosofía, así como la teología, son verdaderas ciencias, porque son conocimientos ciertos y evidentes adquiridos por la demostración.

Dicho se está, que cuando se trata de un misterio, este no tiene explicación posible, porque si tal sucediese, ipso facto dejaría de ser misterio. Y es, que lo infinito, no cabe en lo finito, lo inconmensurable no encaja, ni encajar puede en lo limitado, y el conocimiento de Dios no está, ni puede estar al alcance de la humana inteligencia finita y limitada. Como no es posible encerrar en uno de nuestros vasos de cristal las aguas que, en su extensión vastísima contiene el Océano.

Pero la ciencia es el conocimiento de la verdad; la verdad objetiva es la realidad de las cosas; la verdad subjetiva ó formal es el conocimiento de esa verdad. Defínese la primera; la ecuación del ser con

el entendimiento, del cual depende; y la segunda: la ecuación del entendimiento cognosciente con la cosa conocida.

De donde se infiere, que nuestro entendimiento se halla conmesurado, ó sujeto á la realidad del objeto, y en tanto es verídico, en cuanto conoce las cosas cual son en sí mismas; y científico, si abraza el objeto conocido en su esencia y en sus relaciones, en sus causas, propiedades; y hasta en sus efectos naturales y legítimos: Este conocimiento se adquiere mediante el proceso del entendimiento, que amplía los principios ciertos al objeto conocible, lo ilumina con la luz de aquellos, y lo hace asimilable y comprensible á la razón.

Cuando oímos al Sr. Balsalobre disertar con tanta lucidez por el obscuro campo de la metafísica, nos creímos transportados á aquella época feliz y venturosa de nuestros juveniles años, en que cultiváramos nuestra inteligencia con las doctas explicaciones de sabios maestros, que nos exponían, con toda claridad y riguroso método, la serie de argumentos de afamados autores de filosofía, para entrar después al estudio del Perrone. Por eso nos recreo sobre un para esa exposición, que el ilustrado sacerdote hizo de los argumentos que racionalmente se demuestran la existencia de Dios. Y cuando nos describía la magnificencia de esa bóveda celeste tachonada de estrellas y nos exponía las maravillas de la creación, para venir después á hablarnos del hombre, cuya parte material es un compuesto de todos los elementos que constituyen el planeta en que vive, y en el cual impera, por su inteligencia, destello de la divinidad, como señor soberano, procurábamos reconcentrar nuestro espíritu en sí mismo, para no perder concepto, ni palabra.

Decía muy bien el Sr. Balsalobre: el hombre es la criatura por

excelencia, es un resumen perfectísimo de todas las organizaciones, reflejando en la esfera de su manera de ser todas las armonías de la creación.

Su parte material es un compuesto de todos los elementos que constituyen el planeta en que vive y en el cual impera como señor soberano. El hombre á quien los antiguos como los modernos llamaron el microcosmos, esto es, la criatura universal, en su vida, no refleja mas que una modificación de la dinámica telúrica.

Pero en el hombre no solo existe la materia, si que tambien el alma, que es inmortal porque NI SE DESTRUYE, NI SE ANICILA, y el bien el cuerpo ó parte material está sujeto á las leyes del transformismo. Llegará un día en que unido al alma, será partícipe de los gozos ó penas, según en esta vida hallase el hombre atento ó no á la ley santa del Señor. Suponer otra cosa sería tanto como negar á Dios la justicia, que, como toda perfección, le compete.

Después nos habló el Sr. Balsalobre de las armonías de la creación, por las que se relacionan y concuerdan desde el átomo imperceptible hasta esas inmensas moles que ruedan majestuosamente por los espacios, desde el instinto hasta la suma inteligencia. «¡Qué hermosas son las verdades de nuestra Religión! Si no existiera habría que inventarla!»

Basta, nos hemos escapado, á nuestros propósitos. El orador terminó su discurso evocando un recuerdo tristísimo: era el primer aniversario de aquella terrible hecatombe que tantas lágrimas ha costado á los muertos!

Por eso el sacerdote católico imploró las misericordias del Señor que, desde el lugar en donde se sienta, y del que brotan cascadas de sales amargas, cubra anamirada compasiva á las apenadas fa-

ERNESTO MALTRAVERS

289

ERNESTO MALTRAVERS

ERNESTO MALTRAVERS

295

en la vida. La niña dió las gracias con tanta gentileza, le dijo con tanta amabilidad que se sentía mejor, que ni bien dado el mundo por besarla. La graciosa niña había completado su conquista mostrándose superior á la pequeñez común de los niños, que por las cosas en el último extremo, con el fin de dar la importancia, la dignidad de la enfermedad á la palidez. Saltaba á los ojos que ella estaba exenta de egoísmo, y que era atenta con los demás; Maltravers no la besó en la cara, le besó su manecita, y jamás caballero rindió con más respeto este homenaje á su dama. Ella se sonrojó, sintió por primera vez que había de llegar un día en que dejara de ser niña. ¿Cuál es la razón? Tal vez la primera señal de una ternura que inspira respeto y no familiaridad, señala una época de la vida.

Si yo pudiera amar de amor, decía Maltravers entre sí, sería á esta deliciosa niña. El sentimiento por ella se asemeja al amor de simpatía, á ese amor que nace á la primera vista, más bien que ninguna de las otras emociones que la belleza ha producido en mí hasta ahora, Alicia... Valeria... no, yo no las he amado en el primer encuentro. Pero, qué locura!... una niña de once años!... y yo voy á cumplir treinta!

Apesar de todo, la imagen de aquella niña acompañó á Maltravers por muchos días. Al fin, el cambio

debia aumentar el dolor de una manera intolerable, no pudo contenerse ya...

—No, tenia fuerzas para llevarla, dije á Margarita: tomando seguidamente en sus brazos á la niña. Con qué tierna inquietud la conducía! Y era tan dichoso cuando ella le miraba y se sonreía, diciéndole, que así se sentía su mal! Si es dable estar enamorado de una niña de once años, Maltravers lo estaba.

El pulso se le agitaba cuando sentía en su cara el purísimo aliento de la niña y cuando sus hermosos cabellos, movidos por la brisa, tocaban sus labios; bajaba él su voz hasta el punto de parecer un murmurio para dirigirla palabras de consuelo y de aliento, que son inspiradas á los amigos de los niños, y justamente era Maltravers el idolo de ellos. Los comprendía los amaba, y él mismo tenía muchas cosas de niño bajo su severa cortina de reserva altanera. Llegaron á la casita de un guarda-bosque, donde Margarita preguntó con ansiedad si los amos estaban en casa, y supo con gran júbilo de su parte que no habían llegado todavía. Sin embargo, Ernesto insistió en llevar su carga hasta la habitación de los dueños, que como en la mayor parte de las villas vecinas de Londres, no distaba de la casita más que un tiro de piedra. Margarita le aseguró positivamente, que al momento en viaria en busca de un sirviente, y él tuvo que dejar á la niña en el salón, colocándola con el mayor cuidado

demasiado dura, demasiado pronunciada para convencer á la belleza femenina viva; aquella boca y delicada nariz con cierta languidez, á elevarse perceptible en una sola posición de la cabeza y que componía un gracioso conjunto de flexibles labios, apropiada en su amable reposo no con un estallido de placida alegría, sino con una serenidad natural y constante. Tal era el carácter de aquella niña encantadora. Maltravers volvió la cara muchas veces para mirarla y en vista de que ella no tenía sentimiento de vanidad, que le hubiera inspirado una visita de Rafael al cuadro de la Virgen del Sol del Lorapés. La niña no manifestó ninguna emoción de piedad, como si ella no fuera una mercancía, aunque respetosa que había sentido. Sentó las miradas de Ernesto, miradas expresivas, llenas de fuego, y las suyas se mantuvieron tranquilas é ingenuas. Ella señalaba con el dedo á su compañera hermosa y resplandeciente, que tan ligera como el ala del cuervo, la flotante crip, el gracioso presonero del soberbio caballo árabe que montaba Ernesto.

Asoció entonces entre Maltravers y el niño objeto de su admiración, una pequeña aventura que tal vez grabó en la memoria de la niña esta corta entrevista y las facciones del extranjero; pero lo más evidente que muchos años después no le había